

*Relato ganador*

*Jacobo Otero*

Equipo de limpieza





Mientras conducía por la autopista esa mañana, Silverio aún no acababa de tener claro si estaba despierto o aquello era parte de un sueño. Su vida había llegado a ser tan monótona que en muchas ocasiones ya le sucedió algo muy parecido. La única diferencia entre ambos mundos era el final. Y es que cuando llegaba frente al edificio donde prestar servicio y abría la puerta para bajarse de la furgoneta, unas veces se caía de la cama, mientras que otras, el pie tocaba suelo firme. Hoy fue lo segundo, y si bien eso era señal inequívoca de que no estaba tan mal como pensaba, por un momento le hubiera gustado despertarse sobre la moqueta de su habitación, pues eso querría decir que era domingo. Su único día de descanso.

Hacía ya muchos años que decidió dejar su país en busca de una oportunidad para salir adelante. Él no valía para ratero y tampoco quiso nunca aceptar dinero sucio, así que, cansado de ver cómo otros vecinos se dejaban tentar por suculentas ganancias que más adelante solo servían para convertirles en borrachos, desgraciados o ambas cosas a la vez, metió las pocas pertenencias que tenía en un macuto y cruzó la frontera. El panorama

que se iba a encontrar del otro lado no fue lo que se dice paradisíaco, pero al menos le sirvió para ir tirando. Al principio los trabajos no le duraban demasiado, pero si algo les demostró a todos sus patrones es que él era un trabajador nato.

Así fue como llegó a la empresa de limpiezas más famosa de la ciudad. La que tenía en sus manos los mejores servicios, desde oficinas de primer orden hasta despachos gubernamentales. El encargado le puso en el mismo turno que Fede.

—Total, los dos habláis español —le dijo con una sonrisa burlona en la boca—. Es uno de nuestros mejores empleados. Aprende de él y llegarás lejos.

Silverio no entendía muy bien por qué le decían eso, y cuando conoció a Fede, menos aún. El tipo en cuestión casi podía ser su padre. No llegaba al metro setenta, pero la envergadura de sus hombros y espalda le hacían parecer un púgil. Aunque de entrada le pareció bastante huraño, una vez empezaron a tener confianza, la cosa cambió. Supo entonces que aquel hombre era otro desarraigado igual que él. Había salido de España hacía décadas, después de leer en el diario un anuncio donde se solicitaban soldados de fortuna. Tuvo suerte de no acabar muerto en aquella isla caribeña donde recaló, cosa que luego le permitiría dar el salto al continente. Allí se estableció junto a otro amigo, pero mientras su colega probaba suerte como representante de una marca de

perfumes y lociones, él siguió desempeñando trabajo manual. Todo eso se lo fue contando a la vez que limpiaban cristaleras exteriores colgados de un andamio desde el que a veces no se veía el suelo. Mientras Silverio se preocupaba de ponerse la mascarilla reglamentaria, Fede no solo se saltaba la medida a la torera, sino que fumaba un cigarrillo tras otro como si el humo que desprendían fuera para él una especie de combustible.

Aquella mañana iba a ser especial, y eso le hizo recordar a Silverio que debía empezar a espabilarse de una vez. Echó un vistazo al reloj, solo para comprobar que todo estaba en orden.

—Las 06.55 —se dijo—, y aún sin tomarme el primer café del día. Normal que no sea persona.

Entró al edificio y allí saludó al vigilante a la vez que pasaba su tarjeta por el lector. Le llamó la atención la presencia de más tipos en el vestíbulo siendo tan temprano. Bien trajeados, casi dos metros de alto y poco menos de ancho. Algunos con gafas de sol. Otros, sin disimular las miradas escrutadoras. Al lado del vigilante se sentaba uno que parecía verificar de forma instantánea el código de seguridad perteneciente a cada uno de los empleados utilizando para ello un portátil.

Nadie hizo el menor ademán de detenerle, si bien de camino al vestuario casi pudo sentir cómo las miradas de los escoltas se le clavaban en la nuca. Por suerte, tenía la costumbre de sacarse el sombrero y las *Okley* cada vez

que entraba en el edificio. De lo contrario, aquel día pudo acabar más placado que el *quarterback* del equipo que se está jugando la final de la *Superbowl* a un último pase.

—Menos mal que ya has llegado —le dijo Fede al verlo entrar en la zona de taquillas—. Ya creí que iba a tener que comerme el marrón yo solo. Encima hoy, con toda esa banda de estirados ahí fuera.

—No reniegue, viejo —contestó él con una sonrisa—. Mañana por fin se me jubila, así que disfrute de su último *servisio*. Y mire, con un poco de suerte, hasta veremos al presidente y todo.

—¡¡Joder, qué alegría!!

—No me sea chingón, compadre. Si le escuchan los del *resibidor*, se van a enojar.

—Claro, y yo *preocupao*... ¿Qué van a hacer a mis años? ¿Llevarme a Guantánamo?

Silverio meneó la cabeza sin poder evitar una mueca previa a esa risa franca tan suya.

—Ande, déjelo. Ya pago yo los cafés.

—Pues sí que estás hoy espléndido. Yo que pensaba que me traerías una botellita de tequila.

—*Quisá* más tarde. Ahora vamos a la faena.

Subieron en el ascensor hasta la azotea, y en todo el trayecto, Fede no paró de renegar, como era su costumbre. Una vez en lo alto, se encaminaron hasta la zona donde estaba colgado el andamio. Preparaban sus aperos, cuando escucharon un ruido extraño en un lateral. Al volverse